



Lugar y función de la mujer

Respuesta a preguntas sobre la predicación de
las mujeres

Le Messenger Évangélique

biblicom.org



Como hoy en día se discute mucho sobre el tema de la predicación de las mujeres, será útil examinar la enseñanza de la Palabra de Dios a este respecto. Es una ilusión tomar todos los pasajes que hablan de mujeres profetas para establecer que las mujeres deben evangelizar ante un público, cuando por el contrario la Palabra dice que es vergonzoso que una mujer hable en público (1 Cor. 14:34-35). No se le permite enseñar en lugar de un hombre (1 Tim. 2:8-15).

Pero veamos los pasajes que se alegan, empezando por los del Antiguo Testamento. María, la hermana de Aarón, es mencionada como profetisa, pero no se nos dice nada sobre su profecía (Éx. 15:20-21). No era una profetisa. En cuanto a Jueces 4 y 2 Reyes 22, estos pasajes nos muestran al pueblo de Dios en una época y en un estado tristes. Encontramos con respecto a los profetas varones, que Dios los levantó en tiempos de decadencia donde la idolatría había hecho que la gente se olvidara de Dios y de su ley, y su ministerio fue, una visitación misericordiosa de Jehová en tales tiempos. Se ve en el evangelio que varias veces el Señor Jesús fue tomado sinceramente por uno de estos profetas, a través de los cuales Dios visitó a su pueblo. Dios eligió a hombres piadosos para revelar su pensamiento a su pueblo cuando este había violado y olvidado su ley. En los tiempos de los que hablan Jueces 4 y 2 Reyes 22, el estado de ruina del pueblo era tal que no había, al parecer, ni un solo hombre lo suficientemente piadoso como para ser profeta, y Dios, en lugar de abandonar a su pueblo y quedarse sin testimonio, comunicó su pensamiento y juzgó a través de una mujer piadosa. Vemos que Débora, una mujer humilde, porque era verdaderamente piadosa, sintió lo humillante que era para el pueblo ser liberado de sus enemigos por la mano de una mujer (Jueces 4:9). Así que estas mujeres profetizaron; el Espíritu se apoderó de ellas para comunicar el pensamiento de Dios en un caso determinado.

Pero parece que, en aquellos tristes tiempos de decadencia en Israel, no solo había falsos profetas entre el pueblo, sino también falsas profetisas, como nos muestra el capítulo 6 del libro de Nehemías (véase v. 10-14).

También es significativo el tipo de mujer que se llama a sí misma profetisa, que el Señor nos da para expresar la corrupción eclesiástica de Tiatira (Apoc. 2:20-23).

En el nacimiento del Señor, volvemos a encontrar a Ana, una profetisa; esto también fue en una época triste. Habló del Señor a todos los que en Jerusalén esperaban la liberación (Lucas 2:36-38). Pero todos estos casos son solo testimonios de la bondad de Dios en tiempos de ruina, son excepciones al orden normal, y esto no establece en absoluto el principio de que la mujer está en pie de igualdad con el hombre en el ministerio público y la administración de la casa de Dios en la tierra. Veremos lo

contrario bien confirmado en el Nuevo Testamento.

Se cita [Hechos 1:14](#), pero allí se nombra a los once apóstoles por su nombre, y luego se dice de ellos: «**Todos ellos unánimes se dedicaban asiduamente a la oración, con las mujeres**». Las mujeres estaban presentes y dijeron: amén. ¿Dónde se dice que oraban en presencia de los apóstoles?

En [1 Timoteo 2](#), encontramos que el apóstol, después de haber dicho en el [versículo 1](#) que exhortaba, ante todo, a que se hicieran súplicas, oraciones, intercesiones, acciones de gracias por todos los hombres, etc., especifica en los [versículos 8-15](#), quiénes son los que deben actuar así públicamente, en todo lugar. Los hombres (el hombre en contraste con la mujer) deben orar en todos los lugares –públicamente– esa es su parte. ¿Y las mujeres? Su parte es mostrar en su vestimenta y en sus buenas obras, lo que corresponde a las mujeres que profesan servir a Dios, y luego aprender en silencio en toda sumisión. Y Pablo, en el ejercicio de su autoridad apostólica, dice en el [versículo 8](#): «**Quiero, pues, que los hombres oren en todo lugar**», –y luego en el [versículo 12](#): «**No permito que la mujer enseñar ni ejercer autoridad sobre el hombre, sino estar en silencio**». Se ha sugerido que se trata de la mujer casada y no de la virgen, pero las palabras del original dejan claro que se trata del hombre, el género masculino, en contraste con la mujer, el género femenino.

También se cita [Hechos 2:3-4, 11](#), pero no veo en este pasaje que las mujeres predicaran en lenguas extranjeras las maravillas de Dios. Si incluso se pudiera admitir que esto tuvo lugar en ese momento, cosa que no creo, no sería un principio. Pedro se levanta con los once (no hay otros) para explicar a los judíos lo que está ocurriendo; luego les cita la profecía de Joel, que empezaba a cumplirse por este hecho maravilloso del descenso del Espíritu Santo, y que se cumplirá plenamente más tarde para la bendición total de Israel y de las naciones, cuando todos –mayores, jóvenes, hijos, hijas, siervos, siervas– estén bajo la poderosa influencia de esta efusión del Espíritu Santo al final, que será la lluvia de la última estación. Concluir de esto que las mujeres y las niñas de hoy deben evangelizar en público es una tontería; es tergiversar la Palabra.

Se confía mucho en [Hechos 21:9](#): en efecto, las cuatro hijas de Felipe estaban profetizando. Estaban revelando algo de Dios. Sin embargo, cabe destacar que en ese momento un profeta masculino llamado Agabus de Judea pronuncia la profecía sobre el encarcelamiento de Pablo. ¿Tenemos derecho a concluir que, porque estas hijas de Felipe estaban profetizando, las mujeres deben evangelizar en público?

Se argumenta que [1 Corintios 11:4-5](#). Pero este pasaje establece precisamente la

primacía y la prioridad del hombre sobre la mujer, según el orden divino establecido en la creación y determinado en la caída.

Cuando estas mujeres, de las que habla este pasaje, estaban bajo la influencia del Espíritu para orar o pronunciar sus profecías, debían tener en la cabeza esta marca de su inferioridad en relación con el hombre, sin la cual los ángeles, que conocen el orden divino en la creación, se escandalizarían, si se me permite decirlo, al ver a una mujer, incluso a una profetisa, dando su profecía con la cabeza descubierta. ¿Qué cree que piensan los ángeles hoy en día cuando ven a las mujeres y a las niñas predicar?

1 Corintios 14:3-4. Estos versículos nos hablan más del efecto que caracterizaba al don de profecía, que de darnos la definición de ese don. Pero fíjese que el versículo 4 no dice: “ella” que profetiza edifica a la asamblea, sino «el que». En este don había tanto revelación como conocimiento; este último se basaba en lo que ya estaba revelado. Hoy tenemos una revelación completa; ya no tenemos revelaciones orales. La reclamación de tales revelaciones es la acción del enemigo. Hoy en día, este precioso don de la profecía ya no tiene el carácter de revelación, sino el de poner de manifiesto lo que ya está en la revelación escrita, de llevar la Palabra a las almas. Al hacerlo, el profeta edifica, anima y consuela, y para las almas que se benefician de ello, este don de sacar de la Palabra lo que estas almas no vieron en ella, es para ellas una especie de revelación. «**No despreciéis las profecías**» (1 Tes. 5:20) tiene que ver con esto.

En cuanto a **1 Corintios 14:34-35**, este pasaje contiene la prohibición formal de que las mujeres hablen en público, y dice que es vergonzoso que una mujer lo haga.

1 Timoteo 3:8-15. Ya hemos examinado este pasaje. Si la mujer enseña en público, está usando de autoridad sobre el hombre. Invade la primacía y la prioridad del hombre sobre la mujer. En cambio, incluso la profetisa estaba obligada a tener esta marca de su inferioridad respecto al hombre en su cabeza. El hombre tiene la primacía en la creación, pero la mujer la tiene en la caída. Es bueno señalar que la autoridad y la primacía del hombre sobre la mujer no data de la caída, –la caída la aumentó–, sino que data de la creación. De modo que es un principio inalterable, y **Gálatas 3:28**, que tanto se alega, lo deja perfectamente en su lugar. Hay igualdad en la salvación y en la pertenencia al Cuerpo de Cristo, sin distinción de género; pero en lo que respecta al ministerio y la administración en la tierra en la Iglesia, e incluso a las oraciones públicas por todos los hombres, se vuelve a introducir el orden divino establecido en la creación en cuanto a la distinción del hombre y la mujer: el

hombre activo, la mujer pasiva. Al dar a Eva a Adán, Dios le dio una ayudante, no una rival.

Filipenses 4:2-3, habla de dos mujeres que habían luchado con Pablo en el evangelio. ¿Habían predicado en las plazas y asambleas públicas con el que escribió 1 Corintios 14:34-35 y 1 Timoteo 2:8-15? ¿Habría dado su consentimiento?

En Romanos 16, el apóstol nombra al menos a diez mujeres, muchas de las cuales habían trabajado mucho en el Señor. ¿Predicaron?

¿Que nos *muestren las profecías* de nuestras *predicadoras* del día, y nos rendiremos a la evidencia que son profetisas! Pero hacer que la Palabra diga evangelizar, donde dice profetizar, es trastocar la Palabra!

¿Han observado que el único pasaje en el que el apóstol habla de la enseñanza que las mujeres mayores deben dar a las más jóvenes nunca es citado por los que quieren la predicación *femenina*? Se encuentra en Tito 2:3-5. ¿Por qué se deja de lado el único pasaje que habla de la verdadera enseñanza de las mujeres? Porque este pasaje muestra cuál es esa enseñanza, quién debe darla y a quién va dirigida. –La mujer mayor debe *enseñar* cosas buenas. ¿A quién? ¿A los hombres? No, a las mujeres jóvenes. ¿*Enseñándolas* a hacer qué? ¿Predicar? No, a amar a sus maridos e hijos, a ocuparse del cuidado de la casa y a ser sumisas a sus propios maridos, *para que la palabra de Dios no sea blasfemada*. –Esta enseñanza, si se cumple, no permitirá a las mujeres actuar en público como predicadoras. ¿No es esta la razón por la que se ignora el único versículo en el que la enseñanza se refiere a las mujeres?

Se dirá: “Este pasaje solo habla de las mujeres casadas, mayores y jóvenes”. Sí, en efecto, pero el pasaje donde se incluye a las vírgenes, 1 Timoteo 2:11-13, dice lo siguiente: «**No permito a la mujer enseñar**».

En contraste con las afirmaciones actuales, es interesante ver en la Palabra, cuál es la esfera de acción positiva de las santas mujeres, y cuáles son los ejemplos que se nos dan.

El principio de esta esfera de acción está formalmente establecido al principio. Adán es formado para ser el centro y el jefe de la creación, y administrador de Dios en la tierra. Pero en esta supremacía, estaba solo. Todos los seres vivos eran de una especie diferente a la suya. Entonces Dios, en su bondad, le dio, no otro hombre, que hubiera sido un rival, sino una *ayudante*, una compañera que, siendo semejante a él y respondiendo a todos sus afectos, siendo una con él, sacada de él, estaba sin embargo subordinada a él, y lo dejó en el lugar positivo donde Dios lo había

colocado como jefe y centro de todo en la tierra. Pero precisamente en este lugar donde no tenía rival, la mujer se le da como *ayudante*. Este es el principio divino que determina la esfera de acción del género femenino. La mujer es *ayudante*. Dios, habiéndola creado para este fin, le ha dado las facultades que le corresponden; al igual que le ha dado al hombre las facultades que le corresponden a su posición de líder y administrador. Ahora bien, si consideramos a la mujer en su esfera de acción material en su hogar, como si la consideramos en su esfera de acción espiritual en la casa de Dios aquí abajo, su actividad está siempre determinada y limitada por estas palabras de la boca de Dios: «Una ayuda», no “una rival”.

¿No es un gran honor para las mujeres cristianas tener una posición como ayudantes en la obra de Dios aquí abajo? Y naturalmente su utilidad es positiva en la esfera que Dios les ha asignado. Pero si ellas quieren ir más allá, todo se estropea, porque todo está desorganizado. Cuales sean las facultades intelectuales y la erudición de una mujer, siempre es un vaso débil, es decir, *femenino*, dice la Palabra (1 Pe. 3). Por consiguiente, recibe fácilmente sus impresiones e impulsos de segunda mano. Un siervo de Dios, al hacer esta observación, añadía: “Por eso una mujer no puede ser agente principal en la obra. Está fuera del camino de Dios. Ayudar *mucho*, sí, pero no ser un agente principal; hacer cosas que el hombre no puede hacer, pero no hacer lo que él hace”. La mujer no puede recibir impulsos directamente de Cristo para una posición que él no le da.

Pero en muchos de los ejemplos que nos presenta la Palabra, una cosa preciosa distingue a la mujer: es un apego vivo de corazón para el Señor. Fue en el corazón de María de Betania donde el Señor rechazado encontró, entre todos los discípulos, la mayor y más inteligente devoción, en las circunstancias del momento (véase [Mat. 26:6-13](#); [Marcos 14:3-9](#); [Juan 12:1-9](#)).

María Magdalena no puede volver a casa, como Pedro y Juan, sin encontrar a su Señor, muerto o vivo. Así que el Señor responde a este corazón afectuoso. Se manifiesta a ella, y le da el honor de ir a los discípulos –incluso a Pedro y Juan que habían acudido al sepulcro– con este hermoso mensaje: «**Vete a mis hermanos y dile: etc.**» ([Juan 20:17](#)). Mujeres devotas estaban con el Señor y le ayudaban con sus bienes ([Lucas 8:1-3](#)). Marta lo recibió en su casa ([Lucas 10](#)). Mujeres que lo amaban y lo habían acompañado desde Galilea, lo velaron cerca de la tumba y prepararon lo necesario para embalsamarlo ([Lucas 23:54-55](#); [24:1-11](#)). Cuatro de ellas estaban junto a la cruz ([Juan 19:25](#)).

Si examinamos entonces el libro de los Hechos, encontramos ejemplos de cómo las

mujeres piadosas entendían su esfera de acción en medio de los santos, y vemos allí en qué consistía su apego al Señor, mientras él era elevado en la gloria, y el Espíritu Santo descendía aquí en la tierra, y trabajaba con poder en la Iglesia a través de los apóstoles.

En el capítulo 9, [versículo 36](#) y siguientes, se nos habla de una mujer santa *que estaba llena de buenas obras*. Parece que tenía dinero y tiempo, pero no lo utilizaba para ir a predicar, ni para ir demasiado de casa en casa (véase [1 Tim. 5:13](#)); trabajaba con sus manos en casa cosiendo vestidos para las viudas pobres. Podemos ver lo mucho que apreciaban a esta mujer los discípulos de Jope, y sentían la pérdida que hacían con su desalojamiento. Mandan llamar al apóstol Pedro, que actúa en nombre de Dios para devolvérsela.

En el capítulo 12, [versículos 11-12](#), el mismo apóstol, después de su maravillosa liberación por el ángel del Señor, va directamente, en medio de la noche, a la casa de una mujer, una casa abierta a los santos para orar juntos. El hecho de que Pedro vaya directamente a esta casa, dice mucho a favor de María, madre de Juan, llamado Marcos. Su casa era un lugar de encuentro, conocido por los apóstoles. Esta mujer no predicaba, pero recibía a los santos en su casa para la oración.

Lidia, en el capítulo 16, inmediatamente después de su conversión, quiere alojar a Pablo y a sus compañeros en su casa. El [versículo 40](#) nos muestra que su casa se había convertido en un lugar de reunión para los hermanos de Filipos; ¡pero no para escuchar a Lidia predicar!

El [capítulo 18](#) nos dice algo muy interesante sobre Aquila y Priscila, esos dos cónyuges que se mencionan tan a menudo en la Palabra. El testimonio de Pablo sobre ellos en [Romanos 16:3-5](#), dice mucho. Vemos que en Roma y en Éfeso la asamblea se reunía en su casa ([Rom. 16:5](#); [1 Cor. 16:19](#)). Parece que Priscila, o Prisca, la esposa de Aquila, era una hermana distinguida; Pablo la nombra antes que a su marido en sus saludos en [Romanos 16](#) y [2 Timoteo 4:19](#). Dice de ella y de su marido: «[Mis colaboradores en Cristo Jesús](#)». Lo que queremos señalar de esta hermana de [Hechos 18](#) es que cuando Apolos, ese hombre elocuente, poderoso en las Escrituras y ferviente de espíritu, aunque solo conocía el bautismo de Juan, llegó a Éfeso, Aquila y Priscila lo acogieron en su casa y le explicaron con más precisión el camino de Dios. Esta Priscila, mujer distinguida en la iglesia, *ayudaba* a su marido, en su «[Mis colaboradores en Cristo Jesús](#)», en su taller de fabricación de tiendas, a explicar a Apolos el camino de Dios con más precisión de la que él conocía todavía.

Estos ejemplos nos muestran lo que se debe comprender cuando el apóstol habla

en [Romanos 16](#) y [Filipenses 4](#), de las mujeres que trabajaron duro en el Señor y lucharon con Pablo en el evangelio.

Hemos mencionado a las cuatro hijas de Felipe. Tenían un don del Señor.

Pero, ¿dónde lo ejercían? Los límites de su esfera de acción como mujeres estaban trazados en la Palabra, y no habrían servido al Señor, sino a ellas mismas, si los hubieran sobrepasado.

Creo que hoy los queridos hijos de Dios corren el peligro de dejarse arrastrar, más o menos. Todos ellos unánimes se dedicaban asiduamente a la oración, con las mujeres, por lo que podemos llamar: “Los pensamientos del día entre los hombres”. El nihilismo, por un lado, y la emancipación de la mujer, por otro, tienden a ejercer su influencia en todas partes. Que Dios nos guarde fieles y simples, en obediencia positiva a su santa Palabra, que es viva y permanente y suficiente para todos los tiempos.

Confieso que a veces, por falta de valor, he tenido la tentación de envidiar el lugar que las Escrituras otorgan a las hermanas, en su posición y actividad privadas. Cuántas preocupaciones, cuántos sinsabores, cuántos trabajos del espíritu, cuántas fatigas del cuerpo, cuántas luchas directas con el enemigo y los enemigos, no les ha ahorrado el Señor en esta modesta posición de actividad privada, aunque también sienten las cosas en el lugar que ocupan. Allí, su piedad, tiene campo libre para servir y glorificar al Señor, interesándose por las almas de su entorno, orando mucho, haciendo visitas especiales a su debido tiempo, sin necesidad de invadir las prerrogativas del hombre. Que siempre puedan comprender mejor sus privilegios, y actuar como quienes esperan en Dios y profesan servirle.

M.É., año 1883, página 301 y siguientes